

D. 25 del tiempo ordinario / A

En la celebración eucarística de este domingo debemos transmitir a los fieles una idea fundamental: el modo de proceder de Dios no se puede medir con categorías humanas. Este es el pensamiento que encontramos en el evangelio de hoy y que también se resalta en la primera y segunda lectura. Para conseguir nuestro objetivo podemos servirnos de las diferentes “armas” que la liturgia nos ofrece: a parte de la homilía, que suele ser el cauce habitual, también tenemos la monición de entrada, el saludo de la misa (*El Señor, que no actúa siguiendo los criterios humanos, esté con vosotros*; o bien: *El Señor, cuyo proceder es completamente diferente al nuestro, esté con todos vosotros*), las invocaciones a la fórmula tercera del acto penitencial (*Tú, que nos ofreces un modo de vivir diferente; Tú, que das la misma recompensa a todos los que te siguen; Tú, que eres infinitamente bueno*), la oración de los fieles, el prefacio, la plegaria eucarística, la introducción al Padre nuestro (*Al rezar ahora con la oración que Jesús nos enseñó, pidamos con especial insistencia que venga su reino para que el mundo se rija con el proceder de Dios*)...

* EL PROCEDER DE DIOS

La parábola que Jesús relata en el evangelio nos muestra cómo actúa Dios: contrata obreros para trabajar en su viña y, al final del día, paga el mismo salario tanto a quien trabajó desde primera hora como a quien llegó al final de la jornada. Este proceder sorprende a los personajes de la parábola que cuestionan al amo de la viña el pago realizado: *Estos últimos han trabajado solo una hora y los has tratado igual que a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el bochorno*.

Pero el dueño de la viña considera que ha obrado bien: *Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No nos ajustamos en un denario? Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este último igual que a ti. ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos?*

Como vemos, pues, Dios no se rige con parámetros humanos. Nuestro modo de medir, no es su modo de medir. Nuestro modo de actuar, no es su modo de actuar. Nuestro modo de juzgar, no es su modo de juzgar. El profeta Isaías nos lo recordaba en la primera lectura: *Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos*. La semejanza entre ambas realidades, esto es, el plano diferente en el que se mueve la vida según Cristo y la vida según el mundo también centraba la atención de la segunda lectura.

* LA BONDAD DE DIOS

Este benévolo proceder del dueño de la viña, esto es, de Dios, es fruto de su bondad. Dios es bueno. *¿O es que vas a tener envidia porque yo soy bueno?* dirá al jornalero que le recrimina por la remuneración recibida. *El Señor es bueno con todos*, escucharemos en el salmo responsorial. Una bondad que es perfecta porque en Dios no tiene espacio el pecado. En cambio a los hombres, el pecado nos impide tener como principio vertebrador la bondad. Pues cuando actúa la bondad no tiene cabida la justicia humana. En el hombre pecador, que no se rige por la bondad, surge la envidia y la comparación con el otro.

* LOS CRISTIANOS DEBIÉRAMOS ACTUAR IGUAL

Todos los cristianos somos partícipes de la vida divina por el bautismo. A través de este sacramento hemos sido injertados en Cristo. Por tanto, la dinámica de la bondad de Dios no debiera extrañarnos. Más aún, como forma parte de nuestra propia vida, tendríamos que ponerla en práctica. Quizá se podría comenzar la misa con la aspersión del agua bendita en recuerdo de nuestro bautismo, en recuerdo del día en el que nuestra vida cambió al entrar en la esfera divina donde los parámetros no son los humanos.

Sería hoy una buena ocasión para reflexionar sobre la propia vida personal de cada uno para ver en qué medida actúa con los criterios de Dios. Para ver si lleva *una vida digna del Evangelio de Cristo* (2ª lectura). Y tener especial cuidado de no trascender a las situaciones sociales injustas, en las que serían necesarios los planteamientos que Jesús nos ofrece en la parábola. Pues, a priori, no está en nuestras manos modificarlas. Al contrario de la vida de cada uno que sí puede ser cambiada.

□ JOSÉ ANTONIO GOÑI

*Profesor de Sacramentología y de Liturgia
en el Seminario de Pamplona*